

# El porvenir es de los obreros

II

Tiémlame la pluma, sesudo lector, siéntome invadido de un miedo cervical, paralizáseme la sangre, en fin, no me siento dueño de mi mismo, al saber que tenemos en la inmediata ciudad de Corella, un alcalde anti-sindicalista activo, pero activísimo, según trazas.

Los sindicalistas, señor alcalde y cuyas manos beso, pudieran decirle a V. muy bien lo que el camello de la fábula dijo a la pulga que tenía las pretensiones de aligerarle la carga diciéndole: del peso te libro yo, pudieran decirle a V. repito, lo que con sorna respondió el camello a la pulga: «Gracias, Sr. elefante».

Si, señor Alcalde, es V. muy poca cosa, pero muy poquita cosa para hacer mella al sindicalismo.

El sindicalismo, señor Alcalde de Corella, es el que salvará reformando y renovando a esta sociedad envilecida por el capitalismo, y podrida y minada hasta la médula por un bajo egoísmo que llega a egolatría.

Es en vano, señor Alcalde, no diré que V. sino los gobiernos que desgraciadamente sufrimos los españoles y empleando los grandes resortes que el poder pone en sus manos, hagan lo indecible por matar o ahogar al sindicalismo: está de Dios que triunfe y triunfará.

Qué no hicieron, señor Alcalde, los emperadores romanos en los siglos II y III, emperadores cuya voluntad era ley acatada por todos, que no hicieron, repito, para matar o ahogar el cristianismo?

Nó emplearon contra los cristianos cárceles, martirios y horribles muertes?

No era común en aquellos tiempos, achacar a los cristianos muchos de los crímenes que se cometían y aún las calamidades públicas, plagas de la naturaleza?

No mandó el emperador Nerón incendiar uno de los barrios de Roma, y achacó este incendio a los pobres cristianos?

No era el grito, casi unánime en aquella decrepita sociedad, «cristianos a los leones» y condenarlos a ser devorados por las fieras en el circo, sirviendo de espectáculo recreativo a aquel pueblo decrepito y envilecido y a aquella aristocracia no menos decrepita y envilecida que el vil populacho?

Y qué se consiguió con todo ello?

Que el cristianismo se ahogara y muriera?

No, señor Alcalde, no. Y a principios del siglo IV asentó Cristo su cruz en el trono imperial que era entonces omnipotente y extendía su poder a todo el mundo entonces conocido.

Estaba de Dios, señor Alcalde, que el cristianismo triunfara y triunfó.

Y qué no hicieron nuestros poderosos reyes Carlos I y Felipe II y aun sus inmediatos sucesores Felipe III y Felipe IV para ahogar en su cuna el protestantismo?

Lográndolo? La mitad de Europa es protestante.

Y por último qué no hizo nuestro Fernando VII a principios del siglo XIX para acabar con el liberalismo?

Todos lo sabemos no hace falta, pues, que enumere los hechos pertinentes al caso.

Y qué consiguió?

Con decir que su hija Isabel II le sucedió en el trono merced a la ayuda de los liberales, a quienes su padre tanto persiguió, está

todo dicho. Isabel II fué reina de España por la gracia de Dios y la Constitución.

Ve V. señor Alcalde y tú benévolo lector dejas de comprender lo que con claridad meridiana nos prueba la Historia?

Si, digo y dire, son vanas las persecuciones, inútiles las cárceles, contraproducentes los fusiles cuando se trata de la existencia y propagación de ideas salvadoras que hacen progresar a la Humanidad, mejorándola y beneficiándola grandemente.

Estoy firmemente persuadido entrañable lector, que el sindicalismo es la panacea que curará a nuestra sociedad de los males que la corroen y que quedan indicados al principio de este artículo.

Asústome, estimado lector, al pensar las convulsiones en que ha de morir la actual sociedad para dar lugar a la nueva, que se distinguen en lontananza.

Pero acaso el cristianismo, avance de la Humanidad en el camino de su perfeccionamiento se estableció y consolidó sin la irrupción de los bárbaros que lo llevaron todo a sangre y fuego en el siglo V?

Y si el protestantismo adquirió carta de naturaleza por decirlo así en la sociedad europea no fué después de la guerra llamada de los 30 años que asoló a Europa y en especial a su región central?

Y si el liberalismo se sentó en el trono de los reyes, lo fué acaso sin los horrores de la Revolución francesa y los grandes dolores y miserias de las guerras napoleónicas?

Es, pues, querido lector, ley de la Humanidad que ésta no avance en el camino de su perfeccionamiento sino en medio de grandes dolores y quebrantos.

Voy a concluir que va ya largo este artículo. En los siguientes desarrollaré lo bastante para que quede plénamente convencido de lo que queda apuntado ha poco.

Cura ut valeas

JUAN ANTONIO ALVAREZ